

Historia oficial y nueva novela histórica

Luis Britto García*

“Aquellos a quienes se había destruido la ciudad y a quienes se llevaba como esclavos no tenían ya ni pasado ni porvenir; ¿Con qué objeto podían ocupar su pensamiento? Con mentiras y con las más ínfimas y lamentables codicias, prestos quizá a arriesgar la crucifixión por robar un pollo los mismos que no desafiaron la muerte en combate por defender su ciudad.”
Simone Weil *

La Historia se inventa, el futuro se recuerda. Sabiduría Quechua

La extirpación de la memoria

En algún hospital norteamericano vegeta un hombre que no tiene pasado, ni futuro. Una extirpación bilateral en la zona hipocámpica condenó a H. M. a vivir en un eterno presente. Para él no existen el recuerdo de la década, del año ni del minuto anterior. Tampoco, esperanzas ni terrores sobre la hora inmediata. El intento de interpretar nuestro devenir de acuerdo al paradigma europeo ha creado un americano que, al igual que el mutilado H. M., por lo mismo que carece de historia, es incapaz de vislumbrar futuro alguno.

América Latina ha producido al espectador foráneo la impresión del desierto: el vértigo de la inmensidad sin testigos estremece igualmente las observaciones de Alejandro de Humboldt, las disquisiciones del conde de Keyserling, las fabulaciones de William Henry Hudson. Los indígenas o los artistas sensibles saben sin embargo que esa aparente soledad hierve de presencias. A este supuesto desierto topológico se ha añadido otro baldío cronológico, inventado por la Historia Oficial.

Visión de los vencedores

De acuerdo con ella, nuestra América aparece inexplicablemente vacía de acontecimientos memorables durante eones sin cuenta, al mismo tiempo que existe una concentración exagerada de eventos en otras zonas de las efemérides. Estos ápices conmemorativos coinciden, explicablemente, con el éxito de proyectos de dominación seudomodernizantes: Conquista, Independencia, Despotismos oligárquicos, Dictaduras positivistas, Populismos de colaboración de clases. Tales sucesos son expuestos por lo regular desde una óptica eminentemente personalista: parece que hubieran sido el producto providencial de un puñado de individualidades que actuaron siempre contra una masa inerte, cuando no culturalmente retrógrada o racialmente degradada.

Esta visión deformada de la Historia no se produce por sí sola. Es confeccionada, difundida, convertida en verdad oficial y celebrada por aparatos ideológicos de Estado, Libros de Texto y Programas escolares. Repetida por los medios de divulgación y banalizada por los de comunicación, deviene un Mito aceptado por el auditor desprevenido: con el Mito, éste termina acogiendo también el Poder así legitimado.

La Historia Oficial, en fin, concluye imponiendo su puñado de leyendas simplificadoras al espacio de la ficción narrativa. Donde la Historia Oficial calla, la novela histórica tradicional tiende a hacer silencio. Donde la Historia Oficial destaca, el relato imaginario tradicional exalta. Sólo en las tres últimas décadas la llamada Nueva Novela Histórica se atreve a transgredir algunas de estas convenciones.

Nueva visión de una vieja historia

Para caracterizar a la Nueva Novela Histórica juzgamos útiles algunos rasgos apuntados por Seymour Menton al analizar *La campaña*, de Carlos Fuentes. En el plano referencial, el primero es, desde luego, el protagonismo de un sujeto histórico, a ello se añade la reproducción alternada del período y la subordinación de ésta a conceptos trascendentes, tales como la incognoscibilidad y la imprevisibilidad de lo real o su carácter cíclico. Menton también destaca en el plano formal de la Nueva Novela Histórica lo que Bajtin denominaría un discurso dialógico, escindido entre lo carnavalesco y lo trágico, así como la multiplicidad de discursos, la intertextualidad y una suerte de dominio de la meta-acción, gracias a la cual con frecuencia el autor o sus personajes comentan sobre el propio texto, lo analizan o se analizan.

En este sentido, parece obvio que la Nueva Novela Histórica expresa algunos de los rasgos más insistentemente señalados como propios de la narrativa contemporánea: alteración o puesta en duda de la realidad por razones estéticas o filosóficas, multiplicidad de discursos, de hablas y de puntos de vista, crítica del texto desde el texto mismo. La Nueva Novela Histórica, valga el oxímoron, es enteramente contemporánea. Es una mirada sobre el pasado no necesariamente verdadera, pero sí inevitablemente actual.

Añadamos que su auge como género coincide con el historicismo de una cierta postmodernidad, para la cual la clausura del presente en cuanto proceso de cambios y del futuro en tanto que escenario de ellos sólo nos deja el pasado. La Muerte de la Historia significa que, en adelante, no habrá más Historia.

Examinemos, sin pretensión de exhaustividad, algunos de los encuentros y desencuentros entre Historia Oficial, Novela Histórica y Nueva Novela Histórica en la reconstrucción y la construcción del pasado de Venezuela.

La leyenda dorada: todo empieza con Colón

La primera fábula de la Historia Oficial es la Leyenda Dorada. Postula ésta que la conquista europea rescató a los aborígenes de un abominable salvajismo: para destacar la excelencia del aporte ibérico, reduce a la nada las culturas preexistentes. La Historia Oficial decreta que el tiempo de América comenzó el 12 de octubre de 1492. Tras analizar los programas escolares vigentes en Venezuela, la educadora Carmen Aranguren ha denunciado que

el niño venezolano debe estudiar que los 'indios' 'aparecen' como 'consecuencia del descubrimiento', planteamiento que está en contradicción total con los datos científicos aportados por la arqueología y la etnografía de

América /.../ encontramos en los programas un marcado énfasis en los aportes de Europa a la cultura indígena y a la sociedad colonial /.../ en ningún momento se señala el aporte de América a Europa en todos los órdenes culturales.

Y este es en verdad el enfoque de algunos de los textos de la Historia Oficial. En su extensa *Historia Fundamental de Venezuela*, J. L. Salcedo Bastardo dedica sólo 5 páginas de 779 a las culturas precolombinas.

En la misma medida en que el aborigen no tiene derecho a ser sujeto histórico antes de Descubrimiento, tampoco accede a la condición de sujeto literario en la narrativa histórica tradicional. Hasta hace poco, ninguna novela incursionó en ese ámbito de unos 15.000 años. Apenas "Maichak", un breve relato de Arturo Uslar Pietri en *Treinta Hombres y sus Sombras* (Losada, Buenos Aires, 1949) presenta indígenas cuya existencia ficcional no está justificada por el contraste o el encuentro con el conquistador.

La situación cambia en lo que pudiéramos llamar la Nueva Novela Histórica de las últimas décadas. En *Abrapalabra* (Monte Avila Editores, Caracas 1980) utilicé las estructuras literarias del mito para narrar el pasado precolombino. En 1980 Mariela Arvelo publica *Akaida, una novela en torno a los guaraos* (Gráficas Armitano, Caracas 1980) en la cual adopta el punto de vista de éstos y explora su rico mundo mitológico, sin dejar enteramente el lenguaje convencional. También logra una profunda inmersión en las fuentes míticas de nuestros aborígenes José Quintero Weir en *Arostomba* (Dirección de Cultura Universidad del Zulia; Maracaibo, 1994). En tales textos hay una diferencia frontal con respecto al tratamiento ficcional de un indígena visto como mero oponente o siervo del conquistador: ahora el aborigen asume la primera persona y describe el mundo en los términos de su propia cultura. Quizá, la abundante y excelente literatura etnográfica sobre la tradición mítica ha contribuido a que algunos narradores superen el trato discriminatorio hacia el aborigen en el cual coinciden Historia Oficial y Novela Histórica Tradicional.

La gloria roja del conquistador

Así como calla sobre los milenios anteriores al Descubrimiento, la Historia Oficial acumula montañas de bibliografía sobre el siglo escaso que cubre la Conquista de Venezuela entre los años 1498 y 1600. Detalladas crónicas de autores presentes en el proceso, en parte afiebrados por la tradición de la novela caballeresca, revistieron de tintes de epopeya lo que, según testigos presenciales como Fray Bartolomé de las Casas, fue un vergonzoso genocidio.

A este sobredimensionamiento del espacio histórico corresponde el del ámbito novelesco. Esas pocas décadas son el escenario de una nutrida muestra narrativa, que incluye *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez (Le Livre Libre, París, 1935); *Caminos de amanecer* de Ramón Díaz Sánchez (Las Novedades, Caracas, 1941); *El Camino de El Dorado* de Arturo Uslar Pietri (Losada, Buenos Aires, 1947) y *Don Lope de Aizgorri, el Tirano*, un inconcluso novelín de José Rafael Pocaterra (Edime, Madrid, 1956). Todas siguen fielmente la narración de las crónicas; todas tienen como protagonistas a célebres conquistadores, si bien su anécdota está matizada por el distanciamiento emotivo y el contrapeso mítico en la obra de Enrique Bernardo Núñez y por la atracción hacia la vida aborigen que muestra Francisco Martínez o Martín Tinajero, el personaje de Díaz Sánchez que abandona a los conquistadores para vivir con los aborígenes.

La fascinación por el siglo de la Conquista y por sus grandes figuras ibéricas persiste en obras más recientes, tales como *Lope de Aguirre, Príncipe de la*

Libertad, de Miguel Otero Silva (Seix Barral, Barcelona, 1979); *El Gran Dispensador*, de Miguel Trujillo (Fundación Cadafé, Caracas, 1983); *La luna de Fausto*, de Francisco Herrera Luque (Pomaire, Caracas, 1987); *La visita en el tiempo* de Arturo Uslar Pietri (Editorial Planeta, Caracas, 1993) y *Tonatiu Castitlan*, de Denzil Romero (Monte Ávila Editores, Caracas, 1990). Pero algunos rasgos novedosos permiten inscribirlas dentro de la Nueva Novela Histórica. Miguel Otero Silva rompe el punto de vista condenatorio de la Historia Oficial para tratar a Lope de Aguirre como precursor de la Independencia en un relato en el cual las voces narrativas oscilan entre la primera, la segunda y la tercera persona. Manuel Trujillo cursa el poco frecuentado camino de la novela picaresca para narrar en una nueva versión la verídica historia del soldado Martín Tinajero. Herrera Luque se concentra, más que en la épica, en el peso del destino sobre la fascinante interioridad de Phillip von Hutten. Uslar Pietri deja el ámbito geográfico americano e incursiona en la España de Felipe II al biografar al brillante y desventurado don Juan de Austria. Denzil Romero también se aleja del espacio geográfico de Venezuela para ocuparse de Tonatiu Castitlan de un conquistador dionisiaco y desmesurado, cuya arma es la fecundación. En todas estas obras es patente la voluntad de ocuparse más de una persona que de un personaje, de contar una historia, más que la Historia.

Dos siglos de bostezo colonial

La Historia Oficial baja otro telón sobre los inmediatos dos siglos de vida colonial. Aplica a todo el país la frase de Aristides Rojas de acuerdo con la cual “la vida caraqueña la sintetizaban, en pasadas épocas, cuatro verbos, que eran conjugados en todos sus tiempos; a saber: comer, dormir, rezar y pasear”. En vano la Academia Nacional de la Historia y otras instituciones han publicado una nutrida bibliografía sobre esas centurias. La Historia Oficial, la simplificada en textos y programas educativos, presta poca o ninguna atención a las luchas de castas, a las rebeliones y cumbes de esclavos, a la progresiva ocupación del territorio, al avance de las misiones, a las arremetidas de piratas y corsarios, a la rebelión de los comuneros, a las primeras intentonas independentistas y a la progresiva consagración de las autonomías de cabildos y municipios. Consecuentemente, tampoco hay novelas históricas tradicionales que aborden estos riquísimos temas. Apenas se sitúan en el período cuentos sueltos, tales como “El Visitador de las Concepciones” de José Rafael Pocaterra, “Baile de tambor” de Arturo Uslar Pietri o “La Virgen no tiene cara” de Ramón Díaz Sánchez, de jocunda picaresca anticlerical el primero, coincidentes los otros en atribuir al esclavo un sumiso fatalismo.

Apenas en las últimas décadas han aparecido novelas sobre tan extenso período. Francisco Herrera Luque narra en *Los amos del Valle* (Pomaire, Caracas, 1979) una ácida saga sobre la oligarquía criolla que inaugura en el terreno de la ficción muchos de los temas omitidos por la Historia Oficial. Ana Teresa Torres teje en *Doña Inés contra el olvido* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1993) el dilatado monólogo de una anciana que es a la vez la necrología de una familia y de una casta dominantes. A pesar de que la primera obra es una especie de preámbulo al nacimiento de Bolívar y por lo tanto de la Independencia, ambas son proyecciones imaginarias de la llamada pequeña Historia, esa tendencia de la reconstrucción del pasado tan próxima a la novela y a la vida por su énfasis en el detalle, en lo decisivo de las existencias anónimas y en la importancia de lo aparentemente efímero.

Dos décadas de epopeya

Inútil señalar que el mayor énfasis de la Historia Oficial se centra en una versión mítica de la Guerra de Independencia, de acuerdo con la cual esa gran gesta dependió de la acción casi exclusiva de un puñado de semidioses, cuya

prematura muerte dejó a América en la abyección más absoluta. Y en efecto, las dos breves décadas de las Guerras de Independencia (1810- 1830) ocupan en los textos y programas escolares un espacio desmesurado. Las novelas históricas tradicionales reflejan esta preocupación por el período: se desarrollan en él la *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco (Imprenta Sanz, Caracas, 1881) epopeya con pulso y ritmo casi novelísticos; los *Episodios venezolanos* de Francisco Tosta García (La Semana, Caracas, 1915) y *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri (Zeus, Madrid, 1931), relato simultáneamente marcado por el vitalismo modernista y el determinismo racial positivista.

La Nueva Novela Histórica persiste en ocuparse obsesivamente de estas décadas y en situar como protagonistas de ellas a los próceres exhaustivamente biografiados por la Historia Oficial. Sin embargo, inaugura planteamientos que la distancian de la obligatoria épica del discurso de poder: esencialmente, el énfasis en la interioridad de los personajes y la adopción de múltiples hablas y voces en el texto.

Así, Arturo Uslar Pietri en *La isla de Robinson* (Seix Barral, Barcelona, 1981) se ocupa del fracaso de las utopías educativas de Simón Rodríguez, el injustamente olvidado maestro de Bolívar: la nota dominante ya no es la épica, sino la melancolía. La segunda parte de *El Gran Dispensador*, de Manuel Trujillo (Fundación Cadafé, Caracas, 1983) trata patéticamente sobre el proceso y la ejecución de Manuel Piar. Francisco Herrera Luque en *Boves el Urogallo* (Fuentes, Caracas, 1982) y en *Piar, caudillo de dos colores* (Pomare, Caracas, 1987) adopta el punto de vista y quizá el partido de los vilipendiados caudillos populares de la guerra de castas con una prosa escueta, dinámica, concisa y apasionante. Siquiatra defensor de la tesis de que factores genéticos determinarían la índole violenta del pueblo venezolano, Herrera Luque asigna a esta herencia el mismo papel que el destino jugó en la tragedia griega. Juan Correa, en *La saga de los Malpica* (Valencia, 1985) narra ficcionalmente la vida de Josefa Hidalgo durante la misma época.

Denzil Romero en *La Tragedia del Generalísimo* (Argos Vergara, Barcelona, 1983), *Grand Tour* (Alfadil, Caracas, 1987) y *La esposa del doctor Thorne* (Tusquets, Barcelona, 1988) ahonda en la intimidad erótica y emocional de Francisco de Miranda y de Simón Bolívar. Posteriormente explora la de Catalina de Rusia en *Amores, pasiones y vicios de la Gran Catalina* (Grijalbo, Caracas, 1995). Quizá el todavía inconcluso proyecto de Romero es el que mejor se inscribe dentro de los parámetros de la llamada Nueva Novela Histórica; no sólo baja a los próceres de sus pedestales académicos para seguirlos en sus tálamos de amantes y en sus humanas debilidades: también transforma y carnavalesca a gusto el referente histórico, hace saltar a sus personajes de una época a otra, interviene su propia escritura con textos tomados libremente de fuentes diversas, impone el neobarroco a un período cuya prosa oscilaba entre los arrebatos del romanticismo y las contenciones del neoclásico.

Freddy Ganteaume Pantín en *Hijo de mantuano* (Desktop publishing, Caracas, 1994) escribe sobre el primer exilio de los venezolanos en el Caribe.

Todavía insisten en la vida íntima del Libertador Alecia Marciano, con *El verdadero amor de Bolívar* (Bloque de Armas; Caracas, 1985), y Caupolicán Ovalles, quien se sitúa en las fronteras entre la poesía y el delirio en *Yo, Bolívar Rey* (Asociación de Escritores de Venezuela, Caracas, 1987).

El “vacío” de la vida republicana

La muerte de los próceres cierra el brillante paréntesis de la gesta emancipadora. A partir de ella, tanto la Historia Oficial positivista como la populista concuerdan en cubrir siglo y medio de vida republicana con una densa tiniebla,

durante la cual, supuestamente, no habrían existido partidos políticos, ni elecciones, ni libertad de prensa, ni movimientos sociales. La razón de este artificial eclipse es obvia: a los positivistas les interesaba negar la aptitud de nuestras sociedades para gobernarse sin la providencia de los “Gendarmes Necesarios”. Así, el positivista Laureano Vallenilla Lanz ataca “la errónea creencia de que en Venezuela hayan existido partidos doctrinales, con opuestas tendencias, y que nuestras luchas intestinas fueron causadas por cuestiones constitucionales”. En el mismo sentido, sostiene Salcedo Bastardo que en la historia anterior a la fundación de los partidos populistas “están perdidos veintiún lustros”.

Y sin embargo, es lo cierto que durante el lapso comprendido entre la Independencia y 1936 hubo numerosos partidos de alcance nacional; vivos debates electorales con campañas al estilo moderno y sufragio universal antes que en la mayoría de las naciones europeas, así como voto directo para gobernadores y otros funcionarios. Durante dicho período fueron elegidos cuatro presidentes por voto censitario y siete por sufragio universal, directo y secreto; existieron movilizaciones sociales agrarias y urbanas, luchas sindicales y huelgas, y cerca de un centenar de movimientos armados. A pesar de ello, la Leyenda Negra populista- positivista ha logrado imponerse. En encuestas realizadas entre estudiantes de Ciencias Sociales en la Universidad Central de Venezuela, verifiqué que un 68% no sabía de la existencia de partidos políticos en Venezuela antes de la fundación de Acción Democrática en 1941 y que un 83.33% no conocía de presidentes electos por el pueblo antes de Rómulo Gallegos en 1947.

La ficción novelesca presenta el adecuado horror a este vacío creado por la ficción histórica. Se ocupan del período *Después de Ayacucho*, de Enrique Bernardo Núñez (Biblioteca venezolana de El Universal, Caracas, 1920); *Uno de los de Venancio*, de Alejandro García Maldonado (Ercilla, Santiago de Chile, 1922); *Pobre Negro* de Rómulo Gallegos (Elite, Caracas, 1937); *Cumboto* de Ramón Díaz Sánchez (Nova, Buenos Aires, 1950). Las cuatro últimas equiparan vida decimonónica y contienda fratricida entre montoneras rurales; las cuatro muestran a los alzamientos armados contra la injusta distribución de la tierra como atroces e injustificadas orgías de sangre, movidas sólo por personalismos de caudillos locales. En ello coinciden punto por punto con la historiografía positivista y la populista.

En las últimas décadas han compartido la exploración ficcional de la época una serie de obras que varían algo tal enfoque. Francisco Herrera Luque en *En la casa del pez que escupe el agua* (Fuentes, Caracas, 1975) detalla las intrigas urbanas de los gobiernos que preceden a las dictaduras andinas. Gerónimo Pérez Rescaniere en *Jabón de olor* (Monte Avila, Caracas, 1976) se atreve a dejar de lado el planteamiento épico para acercarnos a una Guerra Federal onírica, remota y poética, pero igualmente vista como insensata y equiparada al pavor de una pesadilla incestuosa.

Apenas José León Tapia revela el aspecto social de la terrible contienda en *Por aquí pasó Zamora* (Sucre, Barinas, 1972) y *Maisanta, el último hombre a caballo* (Centro Editor, Caracas, 1974) libros, más que de ficción, de crónica y de reconstitución de biografías legendarias. Denzil Romero en *La Carujada* (Planeta, Caracas, 1991) traza el retrato psicológico del resentido conspirador Pedro Carujo, una figura menor de la vida republicana: igual estrategia de dejar de lado a los próceres para centrarse en el mundo interior de figuras poco conocidas había adoptado en “El hombre contra el hombre”, acaso su cuento más extraordinario (El Gusano de Luz, Caracas, 1977).

El gendarme literario

La Historia Oficial positivista recargó las tintas de la visión negativa de nuestro siglo XIX para recomendar como panacea de todos sus males la figura del

Déspota Ilustrado o Gendarme Necesario. Y así como en sus ensayos los historiadores positivistas venezolanos Laureano Vallenilla Lanz y Gil Fortoul y anunciaron, justificaron y legitimaron la centralización del poder en “hombres fuertes” al servicio de las oligarquías locales, el ámbito novelesco se pobló de novelas del dictador latinoamericano. Pero muchas de estas violentas denuncias literarias de las dictaduras andinas no pertenecen al ámbito de la novela histórica, puesto que fueron publicadas durante el mandato de los déspotas o poco después de él: es lo que sucede con *El Cabito de Pío Gil* (Imprenta Cosmopolita, París, 1909); con *La bella y la fiera* de Rufino Blanco Fombona (Renacimiento, Madrid, 1931); con *Fiebre* de Miguel Otero Silva (Elite, Caracas, 1939) y sobre todo con *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de José Rafael Pocaterra (Elite, Caracas, 1936), esa obra casi sin parangón en nuestra literatura, escrita con intención testimonial pero con el diestro tiempo narrativo y la aguda caracterización de personajes de una novela. Ya tiene la necesaria distancia cronológica para ser novela histórica la obra de Fernando Marques Cairós *¡Vienen los andinos!* (Ediciones Orinoco, Caracas, 1956) que narra con una prosa tradicional la frustración de una serie de pequeños destinos en los tiempos de la conquista del poder por Cipriano Castro.

Al enfrentarse al tema, la Nueva Novela Histórica por lo regular presenta a un dictador en primera persona, tanto por la visión atenta a la personalidad misma del déspota como porque en oportunidades éste o sus acólitos asumen la voz cantante de la narración mediante declaraciones o largos monólogos interiores. Así ocurre en *En la casa del pez que escupe el agua* de Herrera Luque (Fuentes, Caracas, 1975); en *Oficio de difuntos*, de Arturo Uslar Pietri (Bloque de Armas, Caracas, s.d.) y en las seminoveladas *Gómez el amo del poder* de Domingo Alberto Rangel (Vadell, Valencia, 1975) y *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, de Ramón J. Velásquez (Centauro, Caracas, 1981). Gerónimo Pérez Rescaniere en *El amor y el interés* (Oscar Todtman Editor, Caracas, 1993) de nuevo deja de lado la ficcionalización de las figuras de primera fila, y escoge por el contrario la representación de las dictaduras desde el punto de vista de criadas, leguleyos, arribistas y conspiradores de poca monta, en una narrativa atenta al aspecto humano y a una sentimentalidad manejada con distanciamiento.

La leyenda blanca: la historia comienza en 1941

Si la Historia Oficial populista coincidió con su enigma positivista en negar la vida institucional durante la República, ello fue con la finalidad de presentar a un partido populista como el “primero” fundado en el país, a su candidato como “primer candidato electo por el pueblo” a sus elecciones, como las “primeras” convocadas en Venezuela: para presentar, en definitiva, al populismo como el único autor e iniciador de la institucionalidad, la democracia y la participación política en el país. A esta Leyenda Blanca populista no ha correspondido una obra histórica mencionable. Las dos organizaciones populistas principales llevan casi cuatro décadas alternándose en el poder: ninguna gran obra histórica, pero tampoco ninguna gran novela histórica ha sido escrita sobre este dilatado lapso. Excluimos, desde luego, la nutrida narrativa de la violencia, escrita siempre con una voluntad de testimonio crítico contemporáneo y no de reconstrucción del pasado. Apenas *Un retrato en la geografía. Laberinto de fortuna* (Losada, Buenos Aires, 1962) de Arturo Uslar Pietri narra los primeros meses del postgomecismo, y *La última cena* (Monte Avila Editores, Caracas, 1991) de Estefanía Mosca se refiere a la dictadura perezjimenista y a los años sesenta, a la vez como reconstrucción histórica y como difuso fondo sentimental de una infancia.

No hay futuro

Así como la Historia Oficial y la influida por el populismo desvanecen el pasado y eluden el presente, tampoco proponen futuro alguno. No existen el Milenio, la Revolución ni la Utopía populista. En esta inhibición ante el devenir también coinciden ideología oficial y discurso narrativo. Apenas *La galera de Tiberio*, de Enrique Bernardo Nuñez (Bruges, Desclée de Brouwer & Cia, 1938) condena un porvenir de cesárea dominación estadounidense. Francisco Herrera Luque en 1998 traza un futuro venezolano dominado por el caos (Pomaire, Caracas, 1991).

En mis obras he trabajado sistemáticamente temas de anticipación por oponerme a lo que parece una reluctancia de la literatura latinoamericana hacia el tema. Quizá suceda, como aventuró el brasileño Braulio Tavares en el II Festival Latinoamericano del Arte y la Cultura en Brasilia en 1988, que “no pensamos en el futuro porque sentimos que no está en nuestras manos”. Nos lo ha arrancado de ellas toda una ideología.

¿Hasta qué punto rige esta tutela de la Historia Oficial el resto de la novela histórica latinoamericana? Dilucidar tal cuestión podría ser la clave de nuestro autoconocimiento. Todo poder falsifica la historia: su versión de ella y sus textos caen con él. Lo grave es que la Historia contada en las novelas es la que permanece en el imaginario colectivo.